

ratar costes. De este modo, tales ganancias son el verdadero motor del sistema ya que las empresas pertenecen a sus accionistas; es decir, a aquellos que han invertido capital, y no a sus empleados ni al lugar en el que esté establecida su sede.

Esto último lleva a la autora a otra reflexión: no todos los ciudadanos se benefician de las riquezas que se producen en su nación, lo que crea acusadas disparidades sociales. Susan George señala que los políticos se niegan a admitir esta situación y que, no obstante, existen unas condiciones mínimas para que el capitalismo pueda continuar su exitoso camino, aunque nunca en las actuales circunstancias demográficas. Algunas de las condiciones a las que la autora se refiere son el ofrecer empleos solventes y suficientemente remunerados para una proporción de personas muy superior a la presente; aminorar la amenaza de un conflicto de civilizaciones, para lo que deben eliminarse las enormes divergencias salariales que se perciben por el desempeño de trabajos y tareas similares en diferentes países; aumentar el nivel de socialización de los jóvenes, y procurar empleos destinados a todos los niveles de formación; garantizar la protección del medio ambiente y la renovación tecnológica necesaria para ello; procurar que suministro de las principales fuentes de energía tenga precios razonables; proporcionar infraestructuras y seguridad a los habitantes de cada estado; crear nuevas instituciones internacionales eficaces y rápidas en la toma de decisiones; y perseguir y eliminar las transacciones económicas ilegales.

Para la autora, estas condiciones mínimas que ayudarían al capitalismo a sobrevivir no podrían materializarse en un planeta superpoblado. El bienestar que promete el sistema liberal sólo podría disfrutarse por todos con una menor cantidad de personas y un medio ambiente con menos tensiones. En definitiva, lo que se ha dado en llamar “desarrollo sostenible”, que se basa en la existencia de un estado de derecho en el que se respete tanto a las personas como al planeta. No obstante, este concepto también ha sido puesto en crítica ya que Susan George no menciona otra vía de solución: el decrecimiento económico.

En la primera parte del libro se analizan las amenazas y obstáculos que el sistema capitalista sufre en la actualidad. La segunda mitad de la publicación está dedicada al desarrollo de las posibles soluciones que estos nueve “expertos” de ficción proponen para asegurar la supervivencia del sistema. El “informe”, que se elabora desde una posición de

superioridad, decide quiénes serán los predestinados para gozar del bienestar (los ricos, los productivos, los útiles...) y quiénes tendrán que ser sacrificados (los pobres, los perezosos, los ignorantes...). En este sistema, el Estado debe ser un mero observador y dejar en manos de dicho grupo “expertos” la solución, que además tendría que tener un muy bajo coste económico. La reducción de población estimada para garantizar el buen funcionamiento del sistema sería de 4.000 millones de personas; el resto, sobraría. Se establecerían mecanismos para integrar a los países pobres en el sistema imperante, para lo que se ofrecería a sus elites la fórmula para enriquecerse y reafirmar su poder en sus respectivos países. Por otra parte, los “expertos” defienden la desaparición del Estado-Nación, ese Estado tan útil en los inicios de la revolución industrial y que hoy no es necesario. Con respecto a la formación y la cultura, con la colaboración de las ciencias sociales –especialmente la psicología–, se procuraría que las personas se identificasen con grupos de consumidores, alejándolos del rol de ciudadano y propiciando el individualismo frente a la cooperación social.

Susan George ha sido una de las más destacadas representantes del movimiento antes llamado “antimundialista”, hoy denominado “altermundialista”, más acorde con las propuestas de los reunidos en torno al Foro Social Mundial de Porto Alegre. Politóloga y presidenta del Observatorio de la Mundialización, ha sido una de las principales coordinadoras de la oposición contra el AMI (Acuerdo Multilateral sobre las Inversiones) y la Organización Mundial de Comercio. La primera edición del *Informe Lugano* fue publicada en 2001. Por ello, algunos de los datos y cifras utilizados no están actualizados. No obstante, tras catorce ediciones en castellano, el libro mantiene buena parte de su vigencia. Innovadora en el formato y dura en sus críticas, Susan George muestra, aunque sea de modo novelado, un expresivo cuadro de los problemas más inquietantes del mundo actual.

Imbert, Gérard, *La sociedad informe. Posmodernidad, ambivalencia y juego con los límites*. Barcelona, Icaria Editorial, 2010, 271 pp.

Por José Modesto Diago Ortega
(Universidad de Cádiz)

Todos estaremos de acuerdo en que Internet es una herramienta fantástica que, entre otras cosas, sirve para realizar con mayor precisión nuestro tra-

bajo y acercarnos a nuestra familia o amigos. Sin embargo, no somos conscientes de que también puede deformar nuestra manera de ver el mundo y llevarnos a un limbo que nos hace perder el contacto con una realidad que nos necesita. El libro que vamos a reseñar nos ofrece el análisis de esa situación tan delicada que, por supuesto, no se circunscribe a la red de redes, sino también al papel que juega en nuestras vidas la televisión, el cine y otros medios que tienen a la imagen como protagonista. Además y desvelando parte de lo más interesante del libro, aquellas figuraciones y mensajes van a conformar y crear nuestra identidad no sólo personal, sino también histórica y social, la cual es también examinada por el autor.

A propósito de éste, Gérard Imbert es catedrático de Comunicación audiovisual de la Universidad Carlos III de Madrid desde 1996. Se doctoró en Humanidades en la Sorbona en 1987, con una tesis sobre las representaciones del cambio en el discurso social de la transición española, (la cual puede resultar interesante para los estudiosos de este tema tan candente). Asimismo, ha sido profesor titular de esa Universidad gala, miembro de la Casa de Velázquez, director del Instituto Francés de Madrid y profesor invitado en otros foros de enseñanza. Por lo tanto, merece la pena ahondar entre las páginas de este especialista en semiótica social aplicada a los medios de comunicación y comprobar cómo éstos dirigen nuestra forma de entender los sucesos históricos, llegando incluso a moldear nuestro pensamiento.

Como habremos adivinado por el título, la sociedad informe resulta ser aquella cuyas referencias se diluyen porque sus sistemas ideológicos se están derrumbando. Dicho de otra manera, los objetivos del colectivo se pierden en la nebulosa de incógnitas (históricas, ambientales, económicas, etc.) que pesan sobre nuestro futuro y hacen que exista una relación menos estable con la realidad. Evidentemente, Imbert desarrolla en forma de ensayo todos estos densos conceptos a lo largo de siete capítulos que beben de las otras disciplinas (sociológicas, filosóficas e históricas) y cuya puesta en escena multidisciplinar aplaudimos.

Es realmente interesante la primera parte que el autor subtitula como “La tiranía de las emociones”. Vivimos continuamente solicitados por el Estado, los medios de comunicación, el email, el móvil, etc. y nos vemos obligados a responder con diligencia porque nuestro trabajo, dinero o incluso

nuestra ‘imagen’ se puede ver afectada. Si este tipo de miedo informe o sensación difusa de inseguridad se utiliza como herramienta de conducta, las posibilidades de manipulación pueden ser abrumadoras. Aunque Imbert nos aporta varios ejemplos de *realities* de televisión actuales, nosotros nos quedaríamos más bien con la presentación de la información de hoy en día, por ejemplo, refiriéndonos a la sensación de temor que infligen los telediarios. Prácticamente a diario, esos boletines nos bombardean con malas noticias económicas –algunas de las cuales, explicadas con un argot propio que apenas llegamos a entender– e imágenes que refuerzan ese pesimismo. En el libro se especula que ésta es una de tantas formas sutiles mediante las cuales los poderes fácticos nos van preparando para un recorte, sino desintegración, de los servicios sociales y cuyos despojos se los repartirán ‘benévolos’ empresas privadas que, supuestamente, harán de ellos entes más eficientes, siempre y cuando podamos pagarlos (nada baratos, seguro). Asimismo, ese enmascaramiento que comentamos puede tener otra táctica que se reinventa constantemente y que es la de mirar hacia otro lugar mientras ‘te roban la cartera’. La competición mediática puede conseguir –y de hecho lo hace– que lo nimio, si espectacular, supere a lo importante y encubra los verdaderos problemas.

Sin embargo, el capítulo que más nos ha gustado es el segundo donde se reflexiona sobre el mundo de las identidades y cómo este atrayente concepto de orden histórico se está diluyendo en pos de unos egoístas objetivos inmediatos y materiales. Imbert habla de relaciones líquidas o identificaciones, es decir, las vincula a las modas, al culto de las apariencias, a la necesidad de responder a la demanda del mercado –no sólo en términos económicos si no también de imagen, de rol–, de acuerdo con el contexto. Si estos tipos de conducta siguen prosperando –como ya lo han hecho en los últimos años–, nos encontramos con una voracidad y codicia que ha desbordado nuestros cortafuegos y no son sino un reflejo de una cultura que alaba el exceso (*plus-de-jouir*) y que no nos permite ver las verdaderas cuestiones sustanciales (*L’Homme sans gravité*).

A partir del tercer y cuarto capítulo aparece de forma más constante la palabra “hipervisibilidad” que nos recuerda y advierte de la inmensa potencialidad que tiene la imagen hoy en día. Imbert nos ofrece varios ejemplos culturales, especialmente de películas, en los que se juega con avatares y escenarios oníricos. Sin embargo, concluye que en muchos

de esos casos esa búsqueda de un alter ego es sinónimo de la insatisfacción profunda ante la realidad social e histórica o, de otro modo, una especie de huida hacia delante. Este pensamiento se desarrolla con más fuerza en la quinta parte del libro y en el que abiertamente se dice que esa liquidez –o transformismo identitario– afecta a los objetivos, a los valores y a las personas. Ese “descompromiso” [sic] se traduce en una crisis de fines, vinculada con la pérdida del sentido de la totalidad (el interés general) y de la continuidad (el esfuerzo continuado) y que, a fin de cuentas, son de los pocos valores seguros que tenemos. De forma calculada, aparece un aparente refugio que son algunos programas de televisión donde lo espectacular y lo hiperreal hacen que se licue –o liquide, a veces– la realidad e identidades para mirar hacia otro lado mientras parece que los problemas se resuelven por sí solos (y de paso, nos dejan, con menor autonomía para pensar por nosotros mismos).

Finalmente, los dos últimos capítulos nos ofrecen un acercamiento aún más inmediato a las nuevas formas de dominación y su ‘invisibilidad’. Hoy en día y ante una crisis global como la que padecemos, no podemos apuntar a un eje del mal como se hacía en otro tiempo y combatirlo. Ese ente perverso sólo se muestra parcialmente y suele hacer estragos en las economías y sociedades más débiles y en las que cometieron errores para, una vez supeditas, ponerlas bajo sus intereses.

Evidentemente, Gérard Imbert ‘adorna’ estos complejos conceptos y los hace más accesibles y didácticos al lector con representaciones y ejemplos que suele tomar de la televisión, Internet o el cine (por ejemplo, la idea del párrafo precedente la compara con la película *Alien* –1979– de Ridley Scott donde nadie vio el monstruo en su totalidad, pero todos nos hacemos una idea de su fiereza). En resumen, estamos ante un libro que no deberíamos dejar pasar, sobre todo si nos gusta analizar la actualidad con clave crítica e identificar los sucesos históricos que están marcando nuestro destino.

Karski, Jan, *Historia de un Estado clandestino*. Barcelona, Acontilado, 2011, 591 pp.

Por Félix Gil Feito
(Universidad de Cádiz)

«Juro ante Dios, sosteniendo en mi mano la Cruz de Su Hijo, que serviré a mi patria, por su

honor y libertad. A ese honor y a esa libertad sacrificaré cuanto tengo. Obraré de acuerdo con las órdenes de las autoridades de mi organización y guardaré los secretos que se me confíen. Que Dios me ayude a ello».

Este era el sencillo juramento que los nuevos miembros de la Resistencia polaca pronunciaban antes de pasar a formar parte de uno de los grupos clandestinos mejor organizados y con una mayor red de agentes y recursos que existía en la Europa ocupada por los alemanes durante la segunda guerra mundial. Este mismo juramento a su vez, fue el que el autor de este trepidante ensayo autobiográfico, Jan Karski, pronunció tras la contundente derrota que el ejército polaco sufrió en septiembre de 1939, en el primer acto de la Blitzkrieg europea.

Jan Karski, cuyo nombre real era Jan Kozielewski (Lodz, Polonia, 1914-Washington, 2000), sirvió durante la segunda guerra mundial, primero en el cuerpo de caballería y posteriormente en la Resistencia polaca. Karski era un joven cultivado, de clase media-alta, que desde muy joven percibió que su auténtica vocación era la carrera diplomática. Sus valiosas dotes diplomáticas y su exquisita educación le ayudaron a que durante su pertenencia a la Resistencia fuera la persona a la que encomendaran las comunicaciones entre el gobierno clandestino en suelo polaco y el gobierno que se encontraba exiliado en Gran Bretaña, además de con las principales autoridades polacas que se encontraban diseminadas por toda Europa.

Historia de un Estado clandestino –porque eso es en lo que se convirtió Polonia durante los seis años de ocupación nazi–, es un apasionante libro en el que su autor nos sumerge desde los primeros momentos de la invasión alemana en el escenario de sufrimiento y dolor que los ciudadanos polacos tuvieron que soportar. Años muy intensos en la historia de este país centroeuropeo que a lo largo del siglo XX ha sufrido cruentas guerras, ocupaciones, y regímenes tiránicos de todo signo y condición que la han convertido en una de las grandes damnificadas de la historia reciente europea.

Karski narra todas sus andanzas como uno de los más importantes correos entre la Resistencia y el gobierno exterior en lo que es un libro a caballo entre, si se me permite, el típico género aventurero y el de la realidad más cruda y contundente. Sin duda alguna, este libro que ya comenzó a escribir en el mismo año 1944, tiene como núcleo gordiano la denuncia de la situación que los judíos vivie-